

# Kultur y Culture

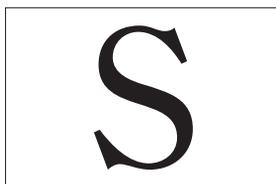
THEODOR W. ADORNO

*La Torre del Virrey agradece a los profesores Steve Zahnnow (Humboldt Universität, Berlín) y Ramón del Castillo (UNED, Madrid) su ayuda en la localización de este texto, pronunciado como una conferencia durante la Hessische Hochschulwochen für staatswissenschaftliche Fortbildung celebrada en el verano de 1958 y publicado en 1959 (Verlag Dr. Max Gehlen, Bad Homburg vor der Höhe, Berlín y Zürich, pp. 246-259). El término Culture (en inglés) sólo aparece en el título. "Cultura" traduce siempre Kultur (en alemán).*

## Advertencia preliminar:

La gran estima y agradecimiento del autor ante la iniciativa de la dirección de las Semanas de la Escuela Superior, que pondrá a disposición de los participantes la transcripción de las conferencias, iguala la inquietud que le supone aceptar su publicación. Es consciente de que, en su peculiar proceder, el efecto de la palabra hablada y escrita difiere más aún de lo que generalmente sucede hoy en día. Si el autor hablase según la exigencia de la exposición del tema, resultaría incomprensible; nada de lo que diga hará justicia a lo que puede requerir de un texto. A mayor generalidad de los objetos —y los de la conferencia aquí publicada se formularon de modo fastidiosamente general— más se endurecen las dificultades para alguien a quien recientemente un crítico indicaba que su producción obedecía al principio "El buen Dios vive en el detalle". Allí donde un texto tendría que dar pruebas exactas de ello, conferencias como ésta permanecen necesariamente fijas en las afirmaciones dogmáticas de los resultados. Por tanto, el autor no puede asumir la responsabilidad de lo aquí impreso y lo considera sólo un recordatorio para aquellos que estuvieron presentes en su improvisación y quieren seguir pensando por su cuenta sobre las cuestiones tratadas, a partir de las modestas sugerencias que el autor les transmitió. En el hecho de que en todos sitios encontramos la tendencia a grabar en cinta el discurso libre, así lo llaman, y luego difundirlo, ve el autor un síntoma de ese comportamiento del mundo administrado que fija con clavos la palabra efímera, la cual tiene su verdad en su propia transitoriedad, para comprometer al orador en ella bajo juramento. La grabación es algo así como la huella digital del espíritu vivo. En la medida en que el autor hace uso de la amabilísima disposición de la dirección del curso para pronunciarse sobre todo esto sin ambages, espera evitar al menos alguno de los malentendidos a los que se expone innegablemente.

T.W.A.



Señoras y señores:

"Cultura" equivale a cuidado, del latín *colere*, y *colere* significa originariamente la actividad del campesino, del *agricola*, que establece una relación con la natura-

leza y su cuidado. En general, podríamos decir que siempre que se habla de cultura se alude a un ámbito en el que tiene lugar una contraposición del hombre con la naturaleza. Pero esta representación a su vez general y bastante imprecisa de la cultura deja sitio a diversas posibilidades de definición; para simplificar y al mismo tiempo mejorar la plasticidad de la exposición, me permitirán traer a colación dos significados típicos que parecen relacionarse con el contraste entre la cultura americana y la alemana. Por un lado, "cultura" significa el ejercicio de violencia sobre la naturaleza en el sentido de dominio. Un dominio tanto sobre la materia y las fuerzas naturales exteriores como sobre el instinto del hombre y su inconsciente. Este concepto de cultura se caracteriza a su vez esencialmente por pensarse como configurador de realidad. Con esto no querría decir que en América la realidad esté configurada en un sentido radical, que la realidad misma se haya visto despojada por el entendimiento positivista de su crecimiento en tanto naturaleza. En cierto modo, los procesos sociales no dejan de ser allí tan ciegos como en otras partes del mundo. Pero en América la idea dominante de cultura se ha obtenido en la configuración de la realidad, sobre todo en el conjunto de la sociedad, de las relaciones entre los hombres, del dominio sobre la naturaleza y la disposición habitual de los recursos naturales a través de la técnica, como todos ustedes ya saben. A esto

se opone otro momento en el concepto de cultura. Cuidar no significa lo mismo que dominar. Cuidar la naturaleza no significa simplemente oprimirla y explotarla, pues este concepto de cuidado contiene también el momento de la protección por la protección misma, el momento en el que lo no apropiado y no dominado por el hombre no debe ser destruido ni exterminado, sino conservado en su esencia. Para ilustrar esta idea de cultura pensemos en un buen vino, un producto artístico, obtenido de la uva en un complejo proceso de fermentación; conocemos la tierra en la que se crió, la uva de la que fue prensado: recordemos los buenos vinos franceses. Estos productos específicos son culturales y esta idea de cultura como protección, propia de la capacidad del hombre, representa especialmente el concepto europeo de cultura. Esto significa cierta introspección e interiorización del hombre, en virtud de la cual se quiebra la violencia inmediata ejercida sobre la naturaleza. Tal vez esta idea de cultura esté más presente en Alemania que en cualquier otro país del mundo que se atribuya una "cultura espiritual". Una cultura representada por grandes formas en el arte, la filosofía o las ciencias. La diferencia entre estas dos ideas de cultura —que acabo de exponer de modo abstracto desde el lado conceptual— hunde sus raíces en la realidad de los procesos sociales, en el hecho de que —y vuelvo a hablar de modo exagerado— América es un país fruto de una revolución civil-burguesa; no sólo se trata de que ésta tuviese éxito, sino de que constituye el presupuesto básico de toda su sociedad, un país cuyo fundamento real fue articularse y orientarse según el sentido civil-burgués. Por el contrario, todos ustedes conocen el destino problemático de la Revolución alemana; la revolución en el sentido de la Revolución francesa fracasó

en Alemania en 1848 y, precisamente en 1918, cuando parecía que iba a tener éxito, la sociedad civil era tan distinta que las categorías revolucionarias también habían cambiado. Tal vez no sea accesorio enfatizar esto, pues con ello puede explicarse que el concepto alemán de cultura haya experimentado esa espiritualización. No creo necesario indicar el significado positivo de esa espiritualidad, a la que tanto deben la música y la filosofía de este país. No es menos importante, aunque resulte menos agradable, recordar que este proceso de espiritualización cultural compensó en cierta medida el intento fracasado de configurar la realidad en el sentido de los ideales de la Revolución Francesa o de la inglesa, los ideales de la burguesía. Las energías se dirigieron hacia el interior, ya que el ensamblaje del orden semiabsolutista y feudal les había impedido plasmarse en la realidad. Esto no sólo otorgó a la cultura alemana una fuerza incondicional en el espíritu, sino que refleja también un momento de carencia de realidad. Es el fenómeno que describe Hölderlin cuando dice que los alemanes son “pobres en proezas, pero ricos en pensamientos”, y que, más que una cualidad natural del pueblo alemán, una especie de constitución originaria, señala una función de su dinamismo histórico. Esa función nos condujo a plantear lo espiritual en términos absolutos, olvidando que todo lo espiritual contiene una referencia a su plasmación en la realidad; un espíritu que se basta solo a sí mismo y se enajena de toda relación con la realidad ya no es propiamente espíritu.

De lo dicho se sigue quizás que ambas concepciones de cultura, que no son sólo concepciones conceptuales, sino que tras ellas se hace visible el destino social de los dos países, tienen también sus momentos negativos. En América el concepto de cultura, como diríamos en nuestra perenne lengua filosófica, es enteramente inmanente, es decir, la cultura americana se agota propiamente en la configuración de las cosas exteriores, en las relaciones interhumanas y, si hay algo espiritual que no se agote en ello de modo inmediato, encuentra la medida de su valor en su posible contribución a la vida de la gente. Eso implica, no obstante, que cualquier forma de trascendencia de la cultura frente a la realidad de la vida social en comunidad queda en el exterior; la función crítica de la cultura, ese remitir de lo espiritual hacia la exterioridad de lo que simplemente es, resulta totalmente desactivado o de tal modo neutralizado que apenas queda nada de él. Frente a ello, los momentos negativos de nuestra propia concepción de la cultura son un elemento determinado de lo no-obligatorio, renuncia a la intervención, olvido de que el pensamiento de la cultura como ocupación consciente con la naturaleza fuera y dentro de nosotros también es esencialmente una configuración de la realidad, incluso de la realidad política. Apenas se exagera cuando se afirma que la sublimación infinita de lo que llamamos cultura espiritual la pagamos con elementos de rudeza en el interior de nuestra propia vida social, en la vida comunitaria entre seres humanos, especialmente en las formas de vida política. Si es cierto eso que hemos escuchados tantas veces, que uno de los verdugos más terribles del nacionalsocialismo, para descansar después de sus miserables crímenes, no sólo escuchaba sinfonías de Bruckner, sino que también entendía bastante de música —y creo que debemos aprender que antinomias semejantes realmente existen, se

puede ser un verdugo y al mismo tiempo comprender las sinfonías de Bruckner—, si eso es cierto, entonces estaríamos, por así decirlo, ante la prueba extrema de ese momento de neutralización de la cultura, su separación como ámbito especial frente a la realidad. Los prejuicios o los falsos juicios que cada pueblo tiene sobre el otro pueden consistir en lo esencial —para decirlo sencillamente— en que los dos conceptos de cultura que les he expuesto se aplican sin mediación y sin ruptura uno a otro. Nosotros concebimos la “Kultur” como cultura espiritual y cuando nos las vemos con la configuración americana de la vida y con las formas civilizatorias en América, entonces mostramos cierta tendencia a pronunciar ese juicio desafortunado: “Ésos no tienen cultura”, un prejuicio provocado por determinados fenómenos producidos en el interior de la cultura espiritual alemana, prejuicios que, en esos casos, yo sería el último en negar. Por el contrario, los americanos, para quienes la cultura significa una determinada relación entre la gente y con la realidad, tienen un prejuicio más cercano y mucho menos peligroso sobre nuestra cultura, que ven como un mero juego limitado a lo estético, un mundo de imágenes; mundo de imágenes que es despachado como un embeleco, en lo cual tiene que ver cierta falta de tradición y experiencia en los asuntos específicamente espirituales. Lo “no realizado” pragmáticamente les parece la escapatoria de una tarea que requiere gran esfuerzo. Si mis observaciones americanas no me engañan, el hombre cultivado en sentido europeo encontrará cierta desconfianza en América, como si no se hubiera amoldado del todo. También encontramos ahí un momento justificado de la crítica a lo privilegiado, del cual nuestra cultura no podrá nunca verse libre, y también el rencor hacia quien no se entrega a la actividad práctica de la vida cotidiana.

Permítanme a continuación decirles algo sobre la imagen alemana de América.

Lo que primero llama la atención es el llamado materialismo americano. Cuando se viaja a América, una de las experiencias más fuertes es encontrarse con la sobreabundancia de productos que se ofrecen. En ocasiones no me libro de la sospecha de que, en esa idea de que un mundo que produce tantos bienes de consumo sólo puede ser un mundo materialista, se esconde la envidia de aquellos “que no pueden coger las uvas porque están demasiado altas”. Precisamente es ahí donde se debe ir con cuidado y delicadeza, pues esa sobreabundancia de mercancías que encontramos en América adquiere un rasgo que difícilmente podría describir quien no lo haya vivido, pero que tampoco podrá negar ni estimar como poco importante. En esa idea hay algo del País de Jauja. Basta con visitar uno de esos supermercados americanos que se encuentran en las grandes ciudades del oeste de América y tendremos la impresión —por más superficial y engañoso que pueda ser el sentimiento— de que aquí ya no falta de nada, estamos en la satisfacción completa y sin límites de las necesidades materiales. Pero ahí deberíamos preguntarnos con seriedad: ¿no hay en toda cultura, en nuestro sentido europeo, algo así como una remisión a esa utópica abundancia? Recuerden alguna de las grandes formas de la cultura espiritual de Europa. No distingo aquí entre Alemania y Europa; he vivido tanto tiempo en América y me he americanizado lo suficiente como para que determinadas cosas me resulten propias de Europa como unidad. Piensen ustedes en

*Romeo y Julieta* de Shakespeare. La enorme fuerza de esta obra apenas existiría si no se basara en la idea de realización plena, la plenitud sin límites del amor, el amor completamente erótico entre estas dos personas. Si en esta obra, no como tendencia, sino como fuente de fuerza que sostiene todo el asunto, la felicidad se realizara de hecho, si las personas pudiesen asegurarse unos a otros la plenitud del amor, que nada está prohibido, entonces incluso el poema del ruiseñor y la alondra sería uno de los más grandes poemas escritos en una lengua europea; entonces la obra de Shakespeare podría ser una obra de arte, pero como creación espiritual no sería lo que es. Entre las impresiones más curiosas que uno puede tener en América está la de observar a los niños. No quiero decir que sea siempre divertido. Puede pasarte que, al cruzar la calle y sin que puedas prever nada, un niño te lance una piedra; y cuando vas luego a casa de sus padres para que le reprendan, te espeten que no entiendes nada de *progressive education*. Pero la manera en que todo niño americano como sin interrupción un *ice-cone*, la manera en que puede encontrar a cada instante una forma de plena realización de la felicidad infantil, por la que nuestros niños se partirían el cuello en vano, eso es realmente un pedazo de utopía realizada. Tiene algo de paz, de pérdida del miedo y de la amenaza, como estar en un reino hipnotizado. La sobreabundancia de productos, el hecho de que la carencia desaparezca, a pesar de todo lo que sabemos por los grandes novelistas americanos sobre el Sur, proporciona a la experiencia cotidiana un momento de paz y de no-agresividad que hemos perdido por completo en Europa. Se trata de un tipo de amabilidad que uno puede observar sobre todo en las llamadas gentes sencillas, en gasolineras, en el panadero que te trae el pan, en el hombre que trae el agua a casa, pues el agua del grifo no es potable allí; es una especie de compenetración de la sociedad con la humanidad en el comportamiento inmediato, lo cual contribuye a disculpar que estas personas no sepan quizá pronunciar muy correctamente nombres como Bach o Beethoven, cosas que para nosotros son muestras de buena educación.

Sé muy bien que nada es gratis en América, el país del capitalismo monopolista. Cuando hablo de la sobreabundancia de productos y del País de Jauja, no soy tan ingenuo como para creer que esta abundancia no guarde alguna proporción con el poder adquisitivo de quienes la desean. Continuamente, y aunque sabemos que en América como en todo el mundo se produce sólo por los beneficios económicos —y en América de modo todavía más organizado e insensible—, sucede que, a causa del gigantesco aumento de la técnica y la maquinaria, la cantidad de objetos de uso a disposición de la gente es tan grande que siempre es mucho lo que sobra, a pesar de la motivación del propio beneficio empresarial. Repito: tampoco allí nada es gratuito. Pero puede decirse que el principio burgués, que sólo estrechamente coincide con el principio de la humanidad, no sólo se ha pensado allí radicalmente hasta el final, sino que se ha puesto en práctica. Es una sociedad basada puramente en el intercambio. Pero esto no quiere decir que todo suceda por el beneficio económico, y puede decirse en cierto sentido que en América todo sucede en función del beneficio económico y que pueden rastrearse las huellas del intercambio y el mercado hasta en las zonas más sublimes de las relaciones humanas. Esta univer-

salidad de la práctica del intercambio significa también que todos están ahí para todos y que nadie puede enrocarse en la limitación de su interés particular, como sucede en la vieja Europa. En América, el sentimiento vital de la gente está mucho más próximo a la forma política de la democracia. En virtud de esto hay en la vida americana un momento de paz y benignidad que nosotros, después de la maldad y la envidia estancadas de los años 1933-1945 en Alemania, no podemos aceptar tan fácilmente y que tampoco deberíamos reprochar con tanta facilidad. En América es posible encontrar entre la gente un momento, casi diría yo, de no-agresividad, lo cual tiene mucho más que ver con el concepto de humanidad real de lo que por lo general creemos saber. La humanidad real, por su parte, remite de nuevo al hecho de que, en una sociedad burguesa totalmente basada en el intercambio como es la americana, la propia democracia, con sus reglas de juego y sus procedimientos, resulta mucho más sustancial que la democracia alemana, es decir, las formas democráticas no son vistas por el pueblo como algo ajeno. Cuando uno se encuentra en estudios sociológicos sobre Alemania una y otra vez afirmaciones del estilo: “Todavía no estamos maduros para la democracia” —y a veces tengo la impresión de que en Alemania 60 millones de personas podrían decir que no están maduros para la democracia, queriendo decir que son los otros 59.999.999 quienes no están preparados—, entonces pienso que afirmaciones semejantes serían completamente impensables en América. Las formas de la democracia parlamentaria alcanzan hasta las asociaciones más informales, clubes, las clases de los colegios; esas formas penetran en todo lo imaginable y están presentes de un modo mucho más fuerte de lo que resulta posible entre nosotros. En América existe una proximidad incomparablemente mayor entre las formas políticas y la vida. Con esto no quiero decir que América esté completamente libre del peligro de dar un vuelco hacia formas de dominio totalitario. Ese peligro se encuentra en la tendencia misma de las sociedades modernas en tanto tales y sería ridículo suponer que algún país del mundo actual sea ajeno a ello, pues el problema del totalitarismo puede replantearse siempre de modo nuevo, como tan dolorosamente se vive hoy en Francia. Pero hay que decir también que probablemente la fuerza de resistencia contra corrientes totalitarias es mayor en América —me atrevería a decir— que en cualquier otro país europeo, a excepción de Inglaterra, que constituye una especie de nexo de unión, en muchas más formas de las que estamos acostumbrados a creer, entre América y la Europa continental.

Tenemos la tendencia a ver en el concepto de asimilación, el *adjustment*, que desempeña un papel tan grande, peligroso y negativo en la cultura americana, la eliminación de la espontaneidad, de la autonomía del ser humano en tanto individuo. Pero probablemente sea un espejismo, algo que fue criticado por Goethe y Hegel: creer que el proceso de humanización, el cultivo de lo humano, se desarrolla de dentro hacia afuera. Ese desarrollo tiene lugar sobre todo como “exteriorización”, según expresión de Hegel. No nos hacemos hombres realizándonos a nosotros mismos como individuos, sino saliendo de nosotros, en este “salir de sí”, al entrar en relación con otras personas. A través de esta exteriorización nos determinamos como indivi-

duos, no como Wilhelm von Humboldt esperaba que lo hiciéramos, según su concepto de formación, regándonos como plantitas para ser personas educadas en todos los sentidos. Este momento, que en América se celebra en el concepto repugnante de lo “extrovertido”, ha conservado allí un sentido positivo. Quiero expresar algo tal vez un poco escandaloso. Pienso en la categoría del *keep smiling*, de la sonrisa obligatoria. En América cualquier dependienta que nos atiende sonríe de una forma encantadora. Primero nos sentiremos soliviantados al percibir que esa sonrisa no es la de este individuo, y que no es sólo que responda a la orden de un superior, sino que la ha aprendido en una de las llamadas *Charm-School*, es decir, en una escuela de encanto. Distinguimos todo eso en el modo de sonreír, sobre todo cuando no les sale del todo bien. Pero creo que tampoco hay que tomárselo demasiado a la ligera. Probablemente suceda que alguien obligado a ser amable de esta manera alcance una humanidad en su relación con otras personas que es desconocida para quien, sólo para ser idéntico a sí mismo —como si esta identidad consigo mismo fuera siempre deseable—, pone una cara desagradable y le hace comprender a uno que la otra persona ya de entrada no existe y que no tiene nada que decirle a su interioridad. Por tanto, deberíamos, sin por ello ignorar en modo alguno esos momentos negativos, esforzarnos en no conducirnos de modo superficial y antidialéctico justo en el momento en que nos deshacemos de la superficialidad.

La forma de exteriorización de la vida americana que les he descrito puede calificarse como una victoria general de la Ilustración en el sentido europeo general del proceso ilustrado. Pese a muchas instituciones malencaradas, como las organizaciones femeninas, de las que ya habrán oído hablar, en América hay infinitamente menos tabúes y cegueras a los que pueda obedecer ciegamente la gente, obediencia que hace surgir, por su mera existencia, tendencias destructivas, como sucede aquí. En América hay una libertad de debate, una posibilidad de hablar sobre las cosas, que no sólo no se encuentra en nuestro país, sino que, entre nosotros, se haría además sospechosa en el momento en que alguien, empleando nuestra jerga de la autenticidad, dijese algo así (cito una expresión alemana): “No se trata de debate, sino del encuentro”, que al cabo sólo quiere decir que se nos sustrae de esa turbia zona de la vida común el momento de los pensamientos que se rozan unos a otros y el momento de la razón en sus diferentes formas. Me he referido ya a la relación americana con los niños. No podemos ni imaginarnos en qué medida crecen en la cultura americana de una forma más libre, menos reprimida y con menos violencia que en nuestro país, ni de qué manera influyen los logros de la psicología moderna en la vida cotidiana. Por más grosero y superficial que suene, la actitud de una madre consciente de poder generar una neurosis a su hijo si le golpea, me parece más cercana a la humanidad que aquel comportamiento que, tras explicar de antemano que Freud ya no alcanza las profundidades de nuestra existencia, desecha el psicoanálisis de la vieja guardia y busca finalmente excusas diciendo que los niños llegarán a ser mejores soldados si se les propina palizas de modo correcto. Yo diría que es preciso entonces incluir este elemento en lo que justamente se llama crítica de la superficialidad y empezar a entender que la libertad respecto a la autoridad se ha

extendido por América en un sentido más específico y fecundo que en nuestro país.

Al hablar ahora de libertad y autoridad llego a un punto muy difícil. En cierto sentido, la conducta de la gente, en América, es menos autoritaria y está menos sujeta a la autoridad que la nuestra. En otro sentido, tal vez lo esté más. Permítanme recordar que en América el principio burgués, el de la sociedad basada completamente en el intercambio, se ha llevado hasta sus últimas consecuencias. Esto afecta a todas las instancias sociales, incluidas aquellas que remiten más allá del principio de intercambio o del funcionamiento cerrado de la sociedad. Ésta es la razón por la cual no existe a lo largo y ancho de la cultura americana un concepto de espíritu que pudiese relacionarse sustancialmente con el nuestro, y que allí donde en América encontramos espíritu en el sentido europeo, éste aparece de antemano como un espíritu de oposición, como inconformismo, en el tiempo de Edgar Allan Poe y después en Concord, con Emerson y Thoreau, y no de modo distinto en tiempos de Melville o incluso hoy en la literatura americana de vanguardia. Debido a este momento según el cual todos están por todos y todo lo que es lo es sólo para los otros y no para uno mismo, se forma una presión que en cierto modo es más fuerte que la presión autoritaria que pesa sobre nosotros, esto es, el peso del conformismo, la presión que obliga a ser como los demás y no distinguirse ni en las más íntimas formas del comportamiento, no llamar la atención. El primero en expresar esta experiencia en toda su crudeza fue Tocqueville. Dicho sea de paso, precisamente en ese instante de la conformidad y su presión reside la razón de que América se nos haga tan difícil a los intelectuales europeos. En muchas ocasiones sólo podemos elegir entre la rendición, y pagar entonces la capitulación con un exceso de identificación acrítico en la que han caído muchos inmigrantes, o el aislamiento, encapsularse y no acceder a dialéctica efectiva entre la experiencia americana y lo que somos nosotros mismos. Una tercera opción no parece posible para casi nadie; ésa es la fatalidad tal vez trágica que tiene lugar hoy en la relación entre las culturas americana y alemana. Si me permiten ilustrar este elemento negativo de la cultura americana de una forma drástica, les citaré a Hölderlin: “He comprendido la lengua del éter, la lengua de los hombres no la he entendido jamás”. Ahora hay suficientes poetas americanos inconformistas que sobreviven más o menos modestamente —a veces sin ninguna modestia— como profesores en cualquier *College* y, por su percepción espiritual y su reflexión, una palabra como la de Hölderlin puede llegar a sus debates. Pero el sentimiento de la vida americana se halla lejos de que un americano pregunte: ¿qué significa “He comprendido la lengua del éter”? El éter no habla ninguna lengua, no hay otra lengua más que la de los hombres y lo que tú llamas lengua del éter no es más que una proyección psicológica de tu propia lengua. Sin duda, esto es lo que les responderá cualquier estudiante americano normal de un *College*; todo un sentimiento vital se expresa en una conciencia semejante. En el debate sobre la cultura americana en el nivel de la cultura de masas uno se encuentra a menudo cuestiones del siguiente tipo: “¿Cómo es posible que América no haya producido aún un Beethoven o un Tchaikovsky?” Cito esto literalmente de una publicación americana enormemente difundida. La respuesta suele ser que el ideal del yo de los niños americanos

con el cual se mide cualquier tipo de resultado es tan distinto del nuestro —siento decir esta barbaridad— que no puede formar ni siquiera la intención de llegar a ser un Beethoven o un Tchaikovsky. Un niño que se decantara por ello recibiría una paliza de sus compañeros por querer ser una “Sissi”, una especie de “hermanita” con inclinación homosexual. No tendría oportunidades de desarrollarse si se tomara verdaderamente en serio esas aspiraciones. El ideal del yo en que se educan es el del éxito que representa la valoración social de la propia existencia, porque en el ideal de la cultura americana el poder se busca únicamente en la sociedad real, a través de la cual debe acreditarse y confirmarse la cultura. La concepción de la cualidad no remunerable falta completamente, excepto en los “expatriados” y los inconformistas conscientes. Lo particular, lo excepcional, lo que no sigue el orden establecido, lo tiene seguramente difícil en todo el mundo, pero cuando uno se imagina lo que se movió espiritualmente en Alemania hacia el año 1800 o lo que liberaron las energías espirituales de Europa en torno a 1910, debe admitirse entonces —según la medida de la cultura del espíritu— que las condiciones sociales generales eran entonces mucho más favorables para las creaciones que no armonizaban con el orden establecido. Falta al mismo tiempo la funda protectora, la capa aislante en la cual se forma ese tipo de talentos y que no se disuelve de repente en la asimilación de lo distinto. Faltan los residuos feudales no regidos por el mercado y asimismo falta, como ya he dicho, el antiguo alto estamento de la sociedad. Es una dialéctica curiosa la que resulta de este elemento de lo moderno, de lo vanguardista, que no se recompensa, vive de forma material y espiritual de los restos de un orden precapitalista en el cual el principio del intercambio aún no se imponía universalmente. Nos encontramos con una sociedad completamente socializada. Uno puede escuchar con frecuencia que se considera enfermo mental o paranoico a quien, en su convicción teórica, cree tener razón y opina que la mayoría está equivocada; cuando es justamente en ese momento de resistencia —que de hecho rara vez falta a los paranoicos— en el que tiene sus raíces toda libertad y productividad espirituales. Permítanme señalar aquí un momento que suele pasar inadvertido al hablar de estas cuestiones. Una esfera completamente espiritual central para la conciencia común europea está ausente en América: el ámbito de la metafísica especulativa en sentido amplio. Nombres como Emerson, Royce, Whitehead apenas significan nada en contra del espíritu objetivo dominante. En cualquier caso, a lo largo de la vida americana, lo que ha sucedido es que la creencia positiva en la religión —la religión en un sentido sectario, rígido y “fundamentalista”— se disolvió y fue sustituida por una creencia inflexible en las ciencias, en los resultados positivos sobre lo mensurable y cuantificable, mientras la esfera autónoma del pensamiento libre desfallecía entre la religión y la ciencia. Creo que sólo si tenemos claro que América no ha pasado realmente a través de la experiencia del pensamiento especulativo sustancial —pienso sobre todo en la ciencia americana— podremos concebir determinados aspectos del espíritu americano. Por ejemplo, hay una inclinación generalizada, cuando alguien expresa una idea, a preguntar: “Where is the evidence?”, dónde están los hechos a los que remite esta idea. Frente a cierta inclinación entre nosotros al pensamiento salvaje, que se afirma y se abso-

lutiza a sí mismo, este motivo americano tiene algo de curativo, pero tiene al mismo tiempo una negatividad que termina en una especie de prohibición del pensamiento. Un amigo profesor me contó que una vez le dijeron a un estudiante de Historia del Arte en la Universidad de Columbia, cuando comenzaba su trabajo de investigación: “You are here in the order to do research, not to think”. Esto seguramente es una caricatura y una rareza, pero como mínimo muestra una tendencia.

Permítanme añadir que estas tendencias represivas del conformismo están económicamente sintetizadas en el violento sistema de la industria cultural americana, que realmente constituye un sistema totalmente cosificador de la heteronomía. Es un antiguo mecanismo de manipulación que no deja fuera nada, ni siquiera la organización espiritual. Para un escritor americano es algo natural que, al entregar alguno de sus trabajos en cualquier sitio, escuche que el texto necesita reelaboraciones y *editing* para poder comercializarse y salir a la venta. Cuando en cierta ocasión aceptaron un trabajo mío en una reconocida revista científica americana, me lo enviaron de forma tan revisada que no reconocí ni mis propias ideas; cuando quise retirar mi trabajo, recibí una carta tan amable como incomprensible, donde leí que esta revista debe su extraordinario éxito precisamente a la homogeneidad con la que editan todos sus artículos y que yo era un insensato al desaprovechar la oportunidad de llevar mis pensamientos —de los cuales no quedaba nada— a la gente. Digamos de paso que a uno le puede pasar que escriba un libro en forma distinta a lo acostumbrado en el país, por ejemplo, dialécticamente, y te digan que está *badly organized* y que no se sabe qué pinta todo eso ahí. A la misma esfera pertenece el modo de interpretar música o el montaje de todo lo que aparece en una película o también el preguntar a propósito de una publicación: “At which audience do you aim?”, en vez de valorar la cosa en sí misma. Es típico que una publicación sea considerada en términos de su posible efecto en vez de verla tal cual es. La manera que tienen los alemanes de confundir el jazz americano —siempre se dice que el jazz al que yo me refiero es un jazz particular y no el jazz en general— con las tendencias vanguardistas de la música parece ser un síntoma de desorientación absoluta. Esto se debe al hecho de que en Europa no sabemos atravesar el velo de la estandarización que impone la industria cultural, o para decirlo de una manera más adecuada, la funda de celofán con la que la industria cultural lo ha empaquetado todo.

Finalmente, permítanme añadir algo sobre el problema de la continuidad histórica. Solemos reprochar a los americanos una ausencia de sentido histórico y en general una carencia de tradiciones. Pero esto no es más que un producto de escaparate del antiamericanismo cultural de la Europa conservadora. Precisamente aquí es donde distingo una de las injusticias más grandes, pues si le dejamos tiempo para desarrollarse y crecer tranquilamente, no será la cultura americana la que emulará a Alemania y Europa, como repiten aquí y allí los ideólogos, sino al revés, la tendencia general de la historia acabará por la americanización de Europa; a lo cual podremos oponernos críticamente cuanto queramos, pero no sin verlo antes como un hecho en sí decisivo para Europa. Es aquí particularmente donde se da también el problema de la pérdida de la conciencia histórica. Mi colega

Hermann Heimpel, de Göttingen, ha demostrado claramente en sus trabajos que la conciencia alemana de la historia se está descomponiendo y que nos inclinamos a olvidar todo lo que acostumbramos a reprochar a los americanos como expresión de su ignorancia. En todas estas cosas no es América la que se ha quedado atrás, sino Europa. Cuando todo consiste en una relación malograda con la historia se podrá formular la pregunta de si el falso renacimiento alemán de los restaurantes Lüchows en Nueva York es preferible al americanismo con el cual hace tiempo que convertimos Rothenburg y casi hasta Salzburgo en un *souvenir*. Seguramente podemos aprender de los americanos a no dar *for granted*, si me permiten la expresión americana, las circunstancias en las cuales crecemos como si fueran dadas por la naturaleza, sino a ganar una especie de libertad respecto a las condiciones de la propia existencia, una libertad de la que hasta hoy no disponemos completamente. Sólo quiero darles aquí un ejemplo más: un pianista alemán amigo mío me contó que, durante un viaje de Norteamérica a Suramérica, le preguntaron a qué se dedicaba. Cuando el interlocutor se enteró de que mi amigo era pianista, le respondió: “Well, many entertainers now go to South America”. Mi amigo quedó entonces muy indignado y posiblemente tenía razón; es una barbaridad calificar de entretenimiento una interpretación de Beethoven y Schumann. Pero quiero decir que, incluso en el momento en que se reivindica la música como el arte más excelso, tal como afirmó Thomas Mann, una especie de pasatiempo elevado, hay algo ahí de lo que nosotros los artistas podemos aprender un poco de autorreflexión; seguramente nos sería beneficioso limitar esa pretensión de absoluto que volcamos en lo que hacemos. Por mi parte creo que, más preocupante que esta idea de la cultura como entretenimiento (para mí del todo ajena), es la tendencia a dirigir la cultura y a convertirla en asunto de comités de señoras mayores. Pero también quiero añadir que esta situación, que caracteriza la mayoría de los insulsos programas musicales, no es total. Sucede algo parecido a lo que pasaba en Roma durante la época helenística: con la desaparición de los intelectuales europeos, verdaderos portadores de la cultura europea, que se van en masa a América, quizá pueda producirse un gran cambio.

Señoras y señores, si me preguntan qué hay que hacer en lo que atañe al respeto y la comprensión de estas dos culturas, diré, como hago siempre que me plantean esa pregunta, que es preciso evitar perseverar en el propio punto de vista, hay que tratar de ver las cosas de forma más compleja si aspiramos a comprenderlas, como he intentado mostrar aquí, si bien de modo insuficiente. Es complicado tanto aquí como allá. Allá, debido a la curiosa idea del *God's own country* analizada por muchos críticos de la cultura. Aquí, por una forma de narcisismo colectivo que reprime toda idea crítica sobre los asuntos alemanes y produce de antemano el contragolpe: del “sí, pero”.

Pero opino, y con esto quiero terminar, que no se trata de entenderse bien simplemente porque seamos muy simpáticos, amables e ilustrados. Tampoco depende de que uno vea que esto y aquello tienen determinados aspectos positivos. Si entendieran así mi discurso, no lo harían correctamente. En realidad lo que importa es, tanto en un lado como en otro, poder permanecer en los pensamientos críticos en

vez de rendirse al poder de lo establecido y acabar diciendo: “Esto es así y debe ser así y así hay que aceptarlo”. Lo que deberíamos tratar de superar, aquí y allí, realmente no es otra cosa que la rigidez que se opone al pensamiento crítico, y yo sólo he querido estimular sus propias ideas y alcanzar cierta fluidificación de las oposiciones estancadas, que no podía presentarles sino en esa forma detenida, justamente porque una vez más se han visto paralizadas en un mundo reificado.

*Traducción de Daniel Barreto González,  
Diego López Estrems y Anne Schieppel*

